LIMA.

GALERIA LÍRICO-DRAMÁTICA

HISPANO-LUSITANA.

Calle de Hortaleza, núm. 5, Madrid.



MADRID:—1873.
IMPRENTA Á CARGO DE J. J. DE LAS HERAS,
Calle de San Gregorio, 5.

16

ÍNDICE

DE LAS OBRAS DE ESTA GALERIA.

LA DESHONRA.

DRAMA

EN CINCO ACTOS, ARREGLADO DEL FRANCES

POR

D. MANUEL NOGUERAS.

Estrenada en Madrid con gran éxito en el Teatro de Lope de Rueda, la noche del 5 de Mayo de 1873



MADRID:
Imprenta á cargo de J. J. de las Heras,
calle de San Gregorio, núm. 5.
1873.

PERSONAJES.		ACTORES.
DIANA.	D.ª	María Rodriguez.
SUSANA.		Jacoba Martinez.
EMILIA.		Emilia Llórente.
JULIANA.		Emilia Vallarino.
ERNESTO..	D.	José Fidel Lopez.
ADOLFO.		José Cruz.
EL CONDE DE GRANVAL.		Antonio Escanero.
ARTURO.		Ramon Vallarino.
LUIS.		Alvaro Corona.
JUAN.		Antonio Hernandez.
OREY..		Antonio Puga.
UN SARGENTO..		Valentin Barrera.
ANSELMO.		Sebastian Gamez.

Aldeanos, aldeanas, soldados.

ACTO PRIMERO.

Sala baja en la granja de Susana. En el fondo la puerta de entrada y dos ventanas que dan al patio; dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda; entre las dos puertas de la derecha una alacena con vajilla, botellas y vasos, y entre las de la izquierda un reloj con caja, mesas, sillas de paja, tahuretes, etc.

ESCENA PRIMERA.

JULIANA.—JUAN.

(*Juliana está arreglando la loza de la alacena; Juan sale por el foro.*)

JULIANA. Talará, talará... (*Cantando.*)

JUAN. ¡Qué bonita es!... ¡Qué voz tan hermosa! (*Juan canta con gritos desaforados; Juliana vuelve la cabeza.*)

JULIANA. ¡Calla! ¿Todavía estás aquí? (*Volviéndose.*)

JUAN. ¿Cómo todavía?

JULIANA. Pues claro está. ¿Por qué no vas á limpiar trigo?

JUAN. Porque no puedo estar separado de tí, porque te adoro, porque me arrastras, como la fragancia de las flores arrastra á las mariposas.

JULIANA. Pues ten cuidado, porque tambien la luz las entusiasma, y revolotean á su alrededor hasta que se queman.

JUAN. ¡Qué maliciosa eres!

JULIANA. Vamos, marcha; mira que si el ama nos vé juntos y sin hacer nada, nos regañará.

JUAN. No tengas miedo; ahora no vendrá; está muy ocupada en el corral, dando de comer á los conejos.

JULIANA. No importa; déjame trabajar.

JUAN. Escúchame... una palabra; nada más que una palabra, y me voy.

JULIANA. ¡Qué pesado!... Vamos, ¿cuál?... habla.

JUAN. Já! já! já! (*Riéndose estúpidamente.*) ¿Me quieres?

JULIANA. ¿Y era eso todo?

JUAN. No; Pero eso me basta para ser dichoso. Vamos, responde.

JULIANA. Pues, hijo mio, por ahora no puedo contestarte; no puedes ser dichoso.

JUAN. ¿Pero es posible que siendo tan bonita, tengas un corazon de piedra berroqueña?

JULIANA. Creo que no.

JUAN. Entonces, ¿por qué no me quieres?

JULIANA. Porque ahora no puede ser.

JUAN. Bien; pues júrame siquiera que me querrás algun dia; que...

JULIANA. ¿Pero cómo lo he de jurar, si no lo se? Si sucede, ya te lo diré.

JUAN. ¿De verdad?

JULIANA. Trata de agradarme, de hacerte amar, y tal vez...

JUAN. Corriente; yo procuraré agradarte. ¡Ah, Juliana! ser amado de tí, es mi sueño, mi ambicion... el dia que me lo digas será el más hermoso de mi vida! (*Arrodillándose.*) ¡San Juan, patron mio!... concededme esta gracia; te la pido arrodillado... had que llegue el dia en que me ame Juliana!

JULIANA. Já! já!... ¡Se ha vuelto loco!... Já! já!... (*Riéndose.*)

ESCENA II.

DICHOS.—SUSANA.—*A poco* EMILIA *y* ADOLFO.

SUSANA. ¡Qué veo!

JULIANA. ¡Oh! (*Volviendo precipitadamente á su sitio.*)

JUAN. ¡Dios mio! el ama.

SUSANA. ¡Aquí juntos, charlando y sin trabajar!

JUAN. Voy á limpiar estas granzas. (*Tomando una criba.*)

SUSANA. Vamos, galopo, despáchate y concluye pronto: y tú tambien, Juliana; los trabajadores no tardarán en venir del campo, y es preciso darles de cenar.

JUAN. Esto ya está. (*Deja la criba en el fondo.*)

JULIANA. Al momento concluyo.

SUSANA. Vamos, vamos... aprisa!

EMILIA. (*Entrando por el fondo.*) Buenas tardes, madre.

SUSANA. ¡Emilia!... hija mia! Buenas tardes, Adolfo.

ADOLFO. Muy buenas, madre; ¿va bien?

SUSANA. Muy bien.

EMILIA. Venimos á pasar la velada contigo.

SUSANA. ¿Y tu marido tambien? Me alegro, hijos mios... Pero, muchacha, ¡qué compuesta vienes!

ADOLFO. No hableis de eso; se va volviendo muy coqueta.

EMILIA. ¡Yo!...

SUSANA. ¿Otro vestido nuevo?

JULIANA. ¡Y qué lindo!... ¿Os lo han hecho en el pueblo?

EMILIA. No: lo han hecho en París. Allí compro yo todo lo que es de moda; no hay otro París para vestirse bien una mujer.

ADOLFO. ¿Escucha usted, madre?

SUSANA. Qué quieres; á su edad siempre agrada que la llamen á una bonita.

EMILIA. ¿Pero, y Diana, dónde está?

JUAN. ¿La pastora? No ha venido todavía. (*Yendo al foro.*)

SUSANA. Y me inquieta su tardanza.

JUAN. Allí viene. Eh! Diana! (*Llamándola.*) (Hermosa muchacha! Si no estuviera enamorado de Juliana, creo que me volveria loco por ella.)

ESCENA III.

DICHOS. — DIANA, *con una cabrita.*

DIANA. Ya estoy aquí. ¿Qué ocurre?

EMILIA. ¡Diana mia! (*Abrazándola.*)

DIANA. (*Muy alegre.*) ¡Calla!... ¡Emilia!... La señora... (*Besándole la mano.*) y el señor Adolfo! ¡Qué sorpresa tan agradable! A haberlo sabido hubiera venido más pronto... Pero permitidme que encierre mi cabrita.

EMILIA. ¡Ah! sí; tu cabra favorita?

DIANA. Como tiene la costumbre de seguirme á todas partes... Vamos, (*A la cabra.*) niña, el ama tiene compañía; es preciso ser buena y entrar en el establo.

JUAN. Yo la llevaré. (*Váse con ella.*)

SUSANA. Y tú, Juliana, anda á cuidar de la cena.

JULIANA. Voy, señora. (*Váse.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* JULIANA *y* JUAN.

SUSANA. Vamos, hijo mio; un vasito de cerveza, que está muy fresca.

ADOLFO. Venga, venga! (*Se sienta en la mesa de la izquierda y enciende la pipa; Susana toma de la alacena una botella de cerveza y un vaso, que da á Adolfo.*)

EMILIA. ¡Mi querida Diana!... ¡mi compañera de infancia! mi hermana!

DIANA. Sí, gracias á la bondad de tu madre.

EMILIA. Y dime, ¿has tenido noticias de tu novio?

DIANA. ¡Mi novio!... ¿Quién?

EMILIA. Aquel jóven que queria casarse contigo antes de caer soldado.

DIANA. ¿Ernesto? No; desde que se marchó he recibido dos cartas suyas, pero como tu madre no era gustosa, no le he contestado.

SUSANA. Y has hecho bien, hija mia.

DIANA. Le habrá disgustado mi silencio, y no ha vuelto á escribir.

ADOLFO. Te habrá olvidado.

EMILIA. Es probable.

SUSANA. Y es lo mejor que puede hacer. Yo tenia presentimientos de que las quintas nos librarian de él. Ese marido no podia hacerte feliz.

ADOLFO. Era un atolondrado; tenia los cascos muy ligeros.

SUSANA. Y ademas, un hombre sin padre ni madre, que no tiene patrimonio alguno; un hombre que le encontraron abandonado.

DIANA. Se hallaba en igual caso que yo; ¿no soy tambien una huérfana? ¿No me habeis educado por caridad?

SUSANA. ¡Ah! tú tienes una familia que te adoptó. (*Diana le besa la mano.*) Pero él... en fin, por ahora es soldado y está en Strasburgo, de consiguiente nada hay que temer.

DIANA. ¡Pobre Ernesto!

EMILIA. ¿Te acuerdas de él?

SUSANA. ¿Le amas?

DIANA. Amarle no; le tengo una buena amistad; me queria mucho.

SUSANA. Bien; pero creo que es mejor que se halla marchado.

DIANA. Puede ser que sí; tiene un gran defecto: es muy celoso.

ADOLFO. (*Levantándose.*) Y los celos no aconsejan más que barbaridades. Que un marido vele por su honor, muy bien, es su deber; pero sospechar de su mujer sin motivo, es una majadería. Ahora bien, si ella abusa de la confianza de su esposo, y éste adquiere la seguridad de alguna falta... entonces es

otra cosa; cuando un marido nota que es engañado...

SUSANA. ¿Qué?

ADOLFO. Entonces... yo tengo mis ideas especiales en este asunto, y creo que, cuando un marido es engañado... no hay más remedio que castigar á los culpables matándolos y saltándose uno despues la tapa de los sesos.

SUSANA. ¡Dios mio!

EMILIA. (*Ap.*) ¿Qué dice?

(*Momento de silencio. Las tres mujeres se miran con emocion.*)

ADOLFO. ¿Pero qué teneis?... ¿Os he asustado? No hablemos más de eso. Á vuestra salud. (*Toma el vaso y bebe. Se oyen voces, foro derecha.*) ¡Ah! Ya están aquí los trabajadores.

ESCENA V.

DICHOS.—*Mozos, labradores, que saludan al salir;* JUAN, *con una cazuela muy grande;* JULIANA, *con tazas, platos y cucharas; un criado con luces.*

JUAN. ¡Paso, paso!... que mancho! ¡Aquí está la sopa!

JULIANA. Y las cucharas, y los platos.

SUSANA. Sentarse, amigos mios.

JULIANA. Que yo os voy á servir.

JUAN. Eso es: Juliana va á repartir la sopa. Vais á comer sopas á la Juliana.

(*Se sientan unos en sillas y bancos, otros en el suelo; Juliana reparte sopas en los platos y cazuelas.*)

JUAN *y aldeanos.* ¡Á cenar!

SUSANA. ¿Y tú no cenas, Diana?

DIANA. Gracias. Me quedaban provisiones, y he cenado antes de venir á la granja. (*El reloj da las nueve.*)

EMILIA. (*Ap.*) ¡Las nueve, y no parece á pesar de habérmelo ofrecido!

SUSANA. ¿Qué tienes, Emilia? ¿Por qué estás triste? ¿Estás mala, hija mia?

EMILIA. Nada. Me encuentro bien; no tengo nada.

ADOLFO. En efecto: tienes algo. ¡Ah!... ya comprendo; por eso miras tanto al reloj. ¿Tienes ganas de marcharte?

DIANA. ¡Tan pronto!

EMILIA. No: todavía no; es muy temprano.

ADOLFO. ¡Ah! no, no; ahora me acuerdo que mañana tengo

que madrugar; he de mandar forraje al castillo de Granval. (*Movimiento de Emilia.*)

SUSANA. ¡Al castillo!

ADOLFO. Sí; el conde de Granval me ha pedido que le proporcione un poco para sus caballos. Y á propósito del Conde; no le hemos visto esta tarde, y lo extraño, porque desde hace un mes que se encuentra en el pueblo, es rara la vez que no entra en la granja cuando vuelve de cazar.

EMILIA. Sí; tiene esa costumbre.

ADOLFO. ¡Hum! Y yo creo que la ha motivado Diana con sus hermosos ojos.

DIANA. ¡Con mis ojos! ¿Quereis burlaros, señor Adolfo? El señor Conde piensa en mí lo mismo que yo pienso en él.

ADOLFO. Ya sé que eres una jóven honrada, y que están de mas para tí los mequetrefes de París.

EMILIA. (*Ap.*) ¡Qué suplicio!

ADOLFO. (*A Emilia.*) Vamos, decididamente estás cansada; lo veo. En marcha.

EMILIA. Sea, puesto que lo quieres así. (El Conde no vendrá hoy sin duda. (*Ap. tomando el abrigo.*)

JULIANA. ¡Ya se acabó la cena! (*Los aldeanos se levantan.*)

SUSANA. Ahora á descansar, amigos mios.

TODOS. ¡Buenas noches! (*Van saliendo los aldeanos.*)

JUAN. (*A Juliana.*) Voy á soñar contigo.

JULIANA. Bien (*Recogiendo los utensilios*); pero déjame en paz.

JUAN. (*Ap.*) ¡Cuidado si es guapa!

SUSANA. ¿Vendrás mañana, Emilia?

EMILIA. Sí, hasta mañana. ¡Buenas noches, madre mia! (*Abrazándola.*) ¡Buenas noches, Diana!

DIANA. ¡Adios, Emilia!

ADOLFO. ¡Hasta otro rato!

SUSANA. ¡Hasta la vista, hijos mios, hasta la vista! (*Se marchan todos menos los de la escena siguiente.*)

ESCENA VI.

SUSANA.—DIANA.

(*Susana mira alejarse á Emilia y Adolfo; despues baja á la izquierda, se sienta y queda pensativa.*

DIANA. ¿Qué es eso, señora? (*Aproximándose.*) ¿Qué teneis? ¿Por qué estais tan triste y pensativa? (*Susana suspira.*) ¿Suspirais?... ¿Qué os pasa? ¿Teneis algun pesar?

SUSANA. Muy grande: me inquieta el porvenir de esa criatura. ¡Pobre hija mia!

DIANA. ¡Cómo!... ¿Qué decís?

SUSANA. Diana... ¿me quieres? (*Tomándole la mano.*)

DIANA. Seria una ingrata si no os quisiera. Vos me habeis recogido; me habeis educado como si fuera hija vuestra; en vos he encontrado la ternura de una madre, y en vuestra hija la de una hermana... ¡Que si os amo!... No pido al cielo otra cosa en mis oraciones, sino que me presente ocasion de probaros mi reconocimiento.

SUSANA. Pues bien, hija mia, esa ocasion ha llegado ya.

DIANA. ¿Qué decís? Hablad.

SUSANA. Escucha: desde hace algun tiempo, observo que el carácter y el génio de Emilia han cambiado completamente, y estoy asustada.

DIANA. ¿Por qué?

SUSANA. No acuso á su corazon, pero sí á su cabeza; es variable, ligera...

DIANA. Acaso...

SUSANA. Y mi amor de madre me dice que Emilia se encuentra sobre una pendiente rápida y funesta.

DIANA. ¡Dios mio!

SUSANA. ¡Si cometiese alguna imprudencia! ¡Si una falta viniese á destruir... á comprometer el reposo y la dicha de su matrimonio!... ¿Tú has oido bien lo que ha dicho su marido no perdonaria, y seria capaz...?

DIANA. Solo el oirlo me ha hecho temblar.

SUSANA. Sí, no tengas duda; la mataria, y yo no podria sobrevivir á semejante desgracia.

DIANA. Pues bien: disponed de mí; ¿qué es preciso hacer?

SUSANA. La vista de una madre, por vigilante que sea, puede equivocarse alguna vez; ayúdame, hija mia, á velar sobre Emilia; unámonos para defender el honor de mi hija.

DIANA. Yo velaré, señora, os lo prometo; os lo juro; pero puede que el peligro no sea tan grande como pensais. Emilia no puede olvidar tan pronto los ejemplos de bondad y virtud que le habeis dado, y la creo incapaz...

SUSANA. ¡Ojalá!

DIANA. Sea como quiera, yo procuraré cumplir la mision que me habeis encargado.

SUSANA. Gracias, hija mia; tu promesa me tranquiliza. Sí; entre las dos la salvaremos. Pero basta ya de esto;

tendrás necesidad de descansar. Buenas noches, Diana.

DIANA. Buenas noches, madre mia. Descansad, y tened confianza en Dios, que no nos abandonará. (*Susana abraza á Diana y se va.*)

ESCENA VII.

DIANA.

DIANA. Sí, madre mia, velaré por mi hermana. ¿No soy pastora? No tengo el deber de volver al redil las ovejas estraviadas?... ¡Estraviada!... Si todo eso no puede ser más que un poco de coqueteria, de ligereza... eso será todo. Ama, por amar, solo porque es bonita, porque le agradan las lisonjas... pero de esto á cometer una falta, á olvidar sus deberes... vamos, es imposible! (*En este momento se abre la puerta del foro y aparece Ernesto vestido de soldado.*)

ESCENA VIII.

ERNESTO.—DIANA.

ERNESTO. Por fin... (*Viéndola.*) ¡Es ella!

DIANA. (*Volviéndose y dando un grito.*) ¡Ernesto!

ERNESTO. Sí, yo soy, el mismo; Ernesto Renó, tu amante.

DIANA. ¡Tú aquí!

ERNESTO. La pena me ahogaba separado de tí; yo no podia vivir así más tiempo, y me he decidido á venirme á tu lado.

DIANA. ¿Y cómo has venido desde Strasburgo?

ERNESTO. A pie. No tenia bastante dinero para tomar la diligencia, y he andado bien aprisa: el primer dia anduve doce leguas, el segundo ocho, y así... pero felizmente ya estoy aquí, aunque muy cansado.

DIANA. ¡Pobrecillo!... Pero dime, vienes con permiso, ó con licencia?

ERNESTO. No.

DIANA. ¿Con que no tienes permiso?

ERNESTO. No. Yo me moria de pena no viéndote; tú no contestabas á mis cartas; mil pensamientos opuestos me herian el corazon. Yo decia: ¿cómo no contesta? ¿Será que me ha olvidado?... ¿Será que ama á otro?...

DIANA. ¡Qué locura!

ERNESTO. Yo no dormia; pasaba las noches llorando ó rabiando!... En fin, si no tomo esta determinacion, me hubiera vuelto loco.

DIANA. ¿Y cuánto tiempo hace que has dejado tu regimiento?

ERNESTO. *(Sin atender.)* Y tú, Diana, dime, ¿pensabas en mí? ¿Por qué no contestabas á mis cartas? ¿Has estado mala?... ¡Ah! esta idea me asustaba, y creia que no llegaria nunca á verte.

DIANA. Pero respóndeme: ¿no oyes lo que te digo?

ERNESTO. *(Volviendo de su aturdimiento.)* ¿Qué?... ¿qué decias?

DIANA. Te preguntaba que cuánto tiempo hace que has salido de Strasburgo?

ERNESTO. Diez dias.

DIANA. ¡Diez dias!... Pero desgraciado, ¿has desertado? *(Corre á cerrar la puerta del foro.)*

ERNESTO. *(Con sencillez.)* Sí. ¿Y qué me importa?... ¿qué me importa, si ya te he visto; si estoy junto á tí; (*Se levanta.*) si puedo decirte otra vez más que te quiero?

DIANA. Pero tú no puedes permanecer en el pueblo; te reconocerian y serias preso.

ERNESTO. Me ocultaré y nos veremos en secreto.

DIANA. No lo creas; aunque te ocultes acabarian por descubrirte. Es preciso que partas ahora mismo á reunirte con tu regimiento.

ERNESTO. ¡Abandonarte otra vez!... ¡Nunca!

DIANA. Piensa bien á lo que te expones; mira que puede costarte la vida.

ERNESTO. ¿Y qué puede suceder?... que me sentencien y me fusilen?... no me importa; si he de vivir lejos de tí, prefiero que me maten ahora mismo. Sufrir todavía por espacio de ocho años los tormentos de la ausencia!... no; prefiero acabar de una vez... así al menos concluiré de padecer. Diana, yo no tengo familia; no tengo madre que me llore... no la he conocido jamás!... no sé si me ha abandonado, ó ha muerto!... no he tenido cariño en el mundo más que á tí. Desde el momento en que te ví por primera vez, te amé... Ahora hará tres años... ¿te acuerdas?... el 2 del mes próximo. Era una mañana; tú llevabas una cestita de provisiones á casa de mi amo, que tiene la contrata de los dos molinos en donde servia yo en clase de mozo... Entonces me pareció que el abandono y la miseria

de mi infancia acababan de desaparecer. Hasta entonces habia sido yo un autómata que se rebajaba ante todo el mundo, y que en nada creia; pues bien, aquel mismo dia, yo, el más malo de los hombres, entré en la iglesia, oré y creí en Dios!

DIANA. (*Despues de una pausa.*) Bien: yo creo en tu amor, y tambien te profeso una buena amistad; pero es necesario que te marches.

ERNESTO. Diana... (*Mirándola fijamente.*) ¿amas á alguno que no sea yo?

DIANA. No; no amo á nadie; pero tiemblo por tí. Vuélvete á tu regimiento.

ERNESTO. ¡Ah! Cuando esperaba...

DIANA. (*Suplicando.*) Ernesto, amigo mio... por ti...

ERNESTO. ¡Nunca!... te lo he dicho; ¡nunca!

ESCENA IX.

DICHOS.—JUAN.

JUAN. ¡Diana! ¡Diana! (*Entra corriendo.*) ¡Calla!... ¡Ernesto!

DIANA. ¡Silencio!

JUAN. ¿Es un secreto?

ERNESTO. Sí. He venido sin permiso.

JUAN. ¡Ay, Dios mio!... Pues entonces escóndete, que he visto gendarmes desde la ventana de mi cuarto.

ERNESTO. ¡Gendarmes!

JUAN. Sí: y han cercado la casa; los he visto pasar por debajo de mí, hablando en voz baja, y he bajado cuatro á cuatro los escalones para avisar á Diana.

DIANA. Es preciso que te ocultes.

JUAN. (*Que está mirando por la puerta del foro.*) Pronto, que ya se acercan.

DIANA. (*Abriendo una puerta secreta que hay en primer término.*) ¡Aquí! ¡aquí!... en el lagar; tiene una abertura que da á la calle, y por ella podrás escapar.

ERNESTO. ¿Pero te volveré á ver?

DIANA. ¡Entra, desgraciado! (*Ernesto entra y Diana cierra.*) Y tú, Juan, ni una palabra.

JUAN. No temas nada; seré mudo.

DIANA. (*Viendo aproximarse los gendarmes.*) ¡Silencio!... Aquí están.

ESCENA X.

DIANA.—JUAN.—SARGENTO *y dos gendarmes.*

SARG. Quedaos ahí vosotros, y la vista á quince pasos.

DIANA. ¡Vos aquí, señor sargento!... ¿Qué buscais á estas horas?

SARG. Nada; que hemos recibido de Strasburgo la órden de prender á Ernesto Renó.

DIANA. ¡Ernesto!... ¿Y por qué? ¿Qué ha hecho?

SARG. ¡Una friolera!... que ha desertado.

DIANA. ¡Desertado!

JUAN. ¡Bah!... ¡Pues si ha desertado, echale un galgo.

SARG. (*Observando á los dos.*) Yo he venido aquí... creyendo encontrarle; porque como sois novios...

DIANA. No; pues hasta ahora no ha entrado aquí persona alguna.

JUAN. Y militares menos.

SARG. (*Ap. con desconfianza.*) ¡Me parece que están conmovidos!

DIANA. Eso no obsta para que registreis la casa si gustais.

SARG. Es inútil, ya que lo afirmais..

DIANA. Ya se vé que lo afirmo.

JUAN. Si señor; lo afirmamos.

SARG. (*Ap.*) (Aquí debe estar.) En ese caso, flanco derecho, camaradas; vamos á continuar nuestras pesquisas.

DIANA. (*Ap.*) (Es preciso darle tiempo para que pueda alejarse.) Un momento. Antes de partir, creo que no rehusareis un vaso de vino?

SARG. ¡Un vaso de vino!... Eso no se rehusa nunca.

DIANA. Anda, Juan; vé volando á la cueva.

JUAN. Corro. (*Ap.*) (Me alegro; asi podré refrescarme.) (*Váse.*)

SARG. (*Acercándose á Diana.*) Pues señor, es preciso confesar que Ernesto tiene muy buen gusto.

DIANA. ¿Por qué?

SARG. Por que cuando cumpla será dueño de esos bonitos ojos, de ese precioso talle... (*Queriéndola abrazar. Ella se retira.*)

DIANA. ¡Apartaos!... ¡Dejadme!

SARG. ¡Voto á cien cañones!... ¡Si yo tuviese algunos años meno...!

DIANA. Señor sargento...

SARG. No hagais caso, bella paloma; dadme un abrazo y me marcho contento.

DIANA. ¿Quereis dejarme?

SARG. ¡Cómo!... sois cruel. Pues os juro que he de abrazaros aunque no querais!

DIANA. Mirad que grito pidiendo socorro. (*Ernesto sale y se coloca entre los dos.*)

ESCENA XI.

DICHOS.—ERNESTO.—*Despues* SUSANA.—*Luego* JUAN.

ERNESTO. Nada temas, que estoy yo aquí.

DIANA. ¡Cielos!

SARG. ¡El es!... Ya sabia yo que saldria.

SUSANA. ¡Qué ruido!... ¡Qué veo!... ¡Ernesto!

DIANA. (*Yendo á ella.*) ¡Ah, señora! Si supieseis... ¡Salvadle!

SARG. Dispensadme, señora; pero tengo que cumplir con un deber. (*Saludándola.*)

JUAN. Aquí está el líquido. ¡Ah! (*Deja caer una botella que trae en la mano.*)

SARG. (*A Ern.*) Vamos, camarada, es preciso seguirnos.

ERNESTO. ¡Seguiros yo!

DIANA. ¡Se ha perdido!... ¡y todo por mí... por defenderme!... (*A Ernesto en voz baja.*) ¡Ah, Ernesto! Si hasta hoy no habia tenido para tí más que una buena amistad, desde hoy te amo con toda mi alma!

ERNESTO. ¿Que me amas?... ¡Ah! Entonces quiero vivir... quiero ser libre! Acercaos, que no os temo. (*Amenazando á los gendarmes con una silla.*)

SARG. ¡Hola! ¿Te rebelas?... Apoderaos de él. (*A los gendarmes.*)

ESCENA XII.

DICHOS.—EL CONDE, *por el foro.*

CONDE. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede aquí?

TODOS, *menos Ernesto.* ¡El señor conde!

SARG. Un desertor, señor conde. (*Con el sombrero en la maao.*)

DIANA. ¡Ah, señor! Por mí, por mi amor, por verme, ha desertado el infeliz! (*Arrodillándose.*) ¡Yo os pido que le salveis, que imploreis su perdon!... A vos os atenderán!...

CONDE. (*Levantándola.*) Vamos, cálmate, hija mia; pondré en juego mi influencia, todas mis relaciones; hablaré al ministro y al general. ¿Podria yo negar cosa alguna á una niña tau bonita como tú? (*Movimiento de Ernesto.*) Señor sargento... tratadle con toda la consideracion posible.

SARG. Vamos.

ERNESTO. (*Ap.*) (¿Quién es este hombre á quien ella pide mi perdon?) Vamos. (*Al sargento.*)

(*Se marcha, dirigiendo al Conde una mirada de celos.*)

(*Baja el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Alameda de los dos molinos, que se divisan al fondo.—A derecha é izquierda mesas largas de pino, sillas y bancos.—A derecha del actor, en primer término, una casita rústica con escalinata.

ESCENA PRIMERA.

DIANA.—ERNESTO.—OREY.

OREY. ¿Pero qué milagro es este?... ¡Vosotros aquí!... ¿Pues qué, ya no eres soldado?

ERNESTO. No, señor Orey; gracias á Dios, ya soy libre; me han perdonado y me han dado la absoluta.

DIANA. Por mediacion del conde de Granval.

OREY. ¿Y á qué te dedicas ahora? ¿Qué haces?

ERNESTO. Trabajo en una fábrica, y bastante.

DIANA. Es preciso reunir mucho dinero para poner la casa cuando nos casemos.

ERNESTO. Por eso trabajo tanto.

OREY. Bien, Ernesto, bien...¿Y cuándo es la boda?

DIANA. Muy pronto.

ERNESTO. Cuanto antes se pueda.

OREY. Supungo que vendreis á celebrarla aquí?

DIANA. Queda convenido.

ERNESTO. ¿No es aquí, en los dos molinos, donde nos vimos por primera vez?

OREY. Pues eso os hará recordar aquel dia, y como antiguo amo tuyo, os trataré admirablemente, y muy barato.

ESCENA II.

DICHOS.—SUSANA.—EMILIA, *vestida elegantemente.*)

EMILIA. Entremos, madre.
OREY. ¡Qué veo!... ¡La señora Susana y su hija!
DIANA. (*Ap.*) ¡Emilia!
OREY. ¿Con que mis vecinitas se han decidido á dar una vuelta por el baile campestre?
EMILIA. Sí; como es la fiesta del pueblo, es preciso hacer lo que hace todo el mundo en este dia.
Voces dentro. ¡Mozo! ¡mozo!...
OREY. ¿Me llaman?... ¡Voy! (*Se marcha.*)
SUSANA. Id; no os molesteis por nosotros.
EMILIA. (*Ap.*) ¡No está!... No habrá venido todavía.
DIANA. (*Ap.*) ¡Ella aquí!... no será sin motivo.
SUSANA. (*A Diana.*) ¿Qué es eso, Diana... te asusta el vernos por aquí?
DIANA. Algo hay de eso; como no os esperábamos...
SUSANA. Mi hija ha venido ha buscarme, y como tenia tantos deseos de ver la fiesta, he accedido, y la acompaño.
DIANA. (*A Emilia.*) ¿Y tu marido?
ERNESTO. ¿Está enfermo el señor Adolfo?
EMILIA. No; tenia un negocio, y hasta concluirlo no puede salir de casa.
SUSANA. Vendrá más tarde á buscarnos.
EMILIA. Pero vamos á ver el baile, madre; aquí no hay nadie. (*Ap.*) (Allí estará sin duda.) ¡Ah! (*Viendo al Conde que entra.*)
DIANA. (*Ap.*) ¡El Conde!... Comprendí.
ERNESTO. ¡Siempre este hombre! (*Ap. y receloso.*)
SUSANA. (*Ap.*) ¡El señor Conde!...

ESCENA III.

DICHOS.—EL CONDE.

CONDE. (*Ap.*) (¡Ella!) ¡Oh!... ¡Qué feliz casualidad!
EMILIA. ¿Vos aquí, señor Conde?
CONDE. Si por cierto, y me alegro de encontraros aquí, señoras. (*Ap. á Emilia.*) (Es preciso que os hable.)
DIANA. (*Ap.*) Por él ha venido.
ERNESTO. ¿Qué tienes?... Parece que estás conmovida?
DIANA. ¡Yo!... no; no tengo nada.

CONDE. ¡Calla! que está aquí nuestra gentil pastora!... Buenos dias, hija mia!... ¡siempre fresca y encantadora!

DIANA. Señor Conde...

CONDE. (*A Ernesto.*) Y tú, Ernesto, siempre tan enamorado!... ¡Ah! comprendo que hayas desertado por ella; es la muchacha más bonita del contorno.

ERNESTO. (*Ap.*) ¡Títere! (*Se oye música dentro.*)

EMILIA. ¡Ay, una cuadrilla!

CONDE. Señora... si os dignais aceptar mi brazo.

EMILIA. ¿Pues qué, señor Conde, quereis...?

CONDE. Sí; quiero ver bailar á los aldeanos. (*Ap.*) (Este es el mejor medio de hablarla.)

EMILIA. Pues lo acepto. Vamos.

DIANA. (*Ap.*) ¡Cielos!

SUSANA. (*Bajo á Emilia.*) Pero no estando tu marido, ¿no temes...?

EMILIA. ¿El qué?... ¿la murmuracion? ¿las malas lenguas?... ¿Pues no vienes conmigo?... y ademas, que ya he aceptado.

SUSANA. Sin embargo...

CONDE. (*Ofreciéndola el brazo.*) Señora...

EMILIA. Ya ves que no puedo rehusar. (*Vánse.*)

SUSANA. No me habia equivocado.

DIANA. (*Ap.*) Hé aquí el peligro que me decia la señora; pero la salvaremos.)

SUSANA. No los perdamos de vista. (*Vánse.*)

ESCENA IV.

ERNESTO.—JUAN.—JULIANA.

JUAN. ¿Pero por qué no quieres bailar, Juliana?... ¡Calla! ¿qué haces aquí, Ernesto?

ERNESTO. Lo que no te importa. (*Váse.*)

JUAN. Vamos, dime, ¿por qué no quieres bailar?

JULIANA. Por que... ¡por que no me gusta, vamos!

JUAN. Pues si hace diez minutos que te gustaba.

JULIANA. Pues he cambiado de idea.

JUAN. Pero...

JULIANA. ¡Ya estoy harta de tantos peros!... Sé por qué te disgusta que dejemos el baile; querias hablar con Antonieta ó con Rosa.

JUAN. ¡Yo!...

JULIANA. Sí, tú; con esas dos coquetas.

JUAN. Pero mujer...

JULIANA. Sí, ¡como que yo no he visto que te miraban!

JUAN. ¡A mí!... Y bien, aunque eso sea, ¿qué importa?... ¿Si será esto un pretesto porque ya no te gusto? ¿Es que ya no me quieres? (*Llorando.*)

JULIANA. Sí, te quiero... ya lo sabes.

JUAN. (*Alegre.*) ¿De verdad?... ¿Esa piedra se ha hablandado?...

JULIANA. Pues bien, sí; hoy, no sé por qué, te encuentro menos feo que de costumbre.

JUAN. ¿Menos feo?

JULIANA. Y me gustas más.

JUAN. ¿Y te gusto más? (*Alegre.*)

JULIANA. Y... en fin... que te amo.

JUAN. ¡Oh, felicidad!. Vamos, monona mia, no te avergüences... ¡cha!

JULIANA. Pero no has de hacer majaderias, ni mirar á las jóvenes, ni hablarles...

JUAN. ¡Nunca! ¡Jamás!

JULIANA. Porque soy muy celosa; te lo aviso.

JUAN. Puedes estar tranquila, Juliana, te seré fiel; no habrá ninguna para mí; solo tú, pichona... solo tú serás la reina de mis dominios.

JULIANA. Está bien, y así lo espero; ahora convídame, que tengo sed.

JUAN. Al instante: toma mi brazo, y vamos. (*Ap.*) (¡Qué gusto! Me quiere, me adora... yo la haré feliz.
(*Vánse.*)

ESCENA V.

EL CONDE.—EMILIA.—*Luego* DIANA.

CONDE. Tened la bondad, querida Emilia, de venir; aquí estaremos solos.

EMILIA. ¡Obligarme á abandonar el baile, hacerme venir aquí, á riesgo de comprometerme!

CONDE. Nos miraban demasiados curiosos, y podian escucharnos.

EMILIA. Pero, en fin, ¿qué teneis que decirme?... ¿Por qué es todo ese misterio?

CONDE. Porque deseo obtener de vos la promesa que solicito hace tanto tiempo.

EMILIA. ¡Una cita en vuestra casa!... ¡Nunca!... no lo espereis.

CONDE. ¿Y por qué rehusais hacerme dichoso? Esa cita, aceptada por vos, seria mi felicidad.

EMILIA. ¿Por qué?... Demasiado lo sabeis: yo no soy libre; tengo deberes que respetar...

CONDE. Emilia... si es verdad que me amais, esta noche á las nueve, cuando todos estén en el baile de la fiesta...

EMILIA. ¿Qué?

CONDE. ¿No podriais encontrar un pretesto para escaparos?

EMILIA. ¿Pero y si me viesen?... ¿Si fuese reconocida?...

DIANA. (*Apareciendo.*) (¡Juntos!)

EMILIA. Con riesgo de perderme... engañando á mi marido!...

CONDE. Por un amante que os adora, que os consagrará toda su existencia!

EMILIA. No; no sigais... ¡es imposible!

CONDE. ¡Emilia!... ¡querida Emilia!... ¡ceded á mis súplicas; decidme que consentís! Comprendo lo que os costará hacerme esa confesion; no os pido que me contesteis en este momento... pero si aceptais, antes de concluir el baile dejad caer vuestro ramillete, y esa será la señal de que consentís.

EMILIA. ¡Mi ramillete!

DIANA. (*Ap.*) ¡Qué oigo!

CONDE. Eso significará que puedo esperar que esta noche á las nueve vendreis á mi castillo.

DIANA. (*Ap.*) ¡Gran Dios!

EMILIA. ¡Diana!... ¿Estabas ahí?

DIANA. Sí; buscándote: tu madre te llama, y le inquieta tu ausencia.

EMILIA. Pues voy ahora mismo. Quedaos, señor Conde.

ESCENA VI.

EL CONDE.—DIANA.

CONDE. (*Ap.*) ¡Deliciosa conquista!

DIANA. (*Ap.*) (¡Una cita!... ¡Oh! debo hablar al Conde, y procurar salvarla.) Señor Conde...

CONDE. ¡Ah! ¿Eres tú, hija mia?... ¿Qué quieres?

DIANA. Queria... (*Viendo llegar á Ernesto.*) ¡Ernesto! No estamos solos; más tarde... esta noche os lo diré todo.

CONDE. (*Viendo á Ernesto.*) Sí, ya: tu novio... te dejo con él. (Vamos en busca de Emilia.) (*Váse.*)

ESCENA VII.

DIANA.—ERNESTO.

ERNESTO. ¿Estabas hablando con el conde de Granval?
DIANA. Sí.
ERNESTO. Y... ¿de qué hablabais?
DIANA. De cosas indiferentes... de la fiesta... del baile.
ERNESTO. Ya; ¿y por eso habeis bajado la voz al verme?
DIANA. ¿Pero qué tienes?... ¿Por qué son esas miradas furiosas?
ERNESTO. Tengo... tengo... que las familiaridades de ese caballero, y sus maneras contigo, me disgustan.
DIANA. ¡Cómo!... ¡Despues que ha obtenido tu perdon!...
ERNESTO. Sí, sí... mi perdon... Es verdad que lo ha obtenido... y tal vez ahora quiera ponerle precio.
DIANA. ¡Precio!
ERNESTO. La proteccion de ciertas gentes, ya se sabe lo que cuesta. Ellos no hacen nada de valde.
DIANA. Pero qué, ¿habrás llegado á sospechar...?
ERNESTO. En fin, ahora mismo, cuando yo he llegado, he conocido tu emocion, y cuando ha invitado á Emilia te has turbado y has querido seguirlos. Despues desapareces de repente... te busco, y te encuentro con él. ¿No es eso verdad?... responde.
DIANA. (¡Y no poder descubrirle...!) Es verdad; pero...
ERNESTO. Confiesa que te hablaba de amor.
DIANA. ¡El Conde!
ERNESTO. Sí; está enamorado de tí; y tú...
DIANA. Ernesto... amigo mio; razonemos un poco. Vamos á ver: ¿si estuviese enamorado de mí, ¿te hubiese puesto en libertad? Y yo, á quien acusas, ¿hubiese pedido tu perdon?... Confia en mí: ¿no sabes que te pertenece todo entero mi corazon?... ¡Engañarte yo!... ¿y lo has creido posible? Mírame de frente; si la boca miente alguna vez, los ojos nunca pueden mentir. ¡Ernesto... yo te amo!
ERNESTO. ¡Diana de mi alma!
DIANA. Y ahora, señor celoso, ¿se han desvanecido tus sospechas?
ERNESTO. ¡Oh! sí, sí... ¡te creo! te creo!
DIANA. ¡Ah! ¡Qué feliz soy!... Vamos, olvidemos esas quimeras, y pensemos en distraernos.

(Durante las últimas palabras, ha aparecido Orey por el foro. Trae delante de sí un cajoncito lleno de quincalla, una gran bolsa con bolas, y en la mano billetes para rifar.)

ESCENA VIII.

DICHOS.—OREY.—*Aldeanos, aldeanas.—Luego* JULIANA *y* JUAN.

OREY. ¡Aproximarse todo el mundo, señores, que va á tener lugar la rifa!
TODOS. ¡La rifa! ¡la rifa!
JUAN. (*Saliendo.*) ¿La rifa?... pues llego á tiempo: algo me va á caer.
OREY. ¿Quién quiere billetes?
JUAN. ¡Yo! yo!
DIANA. Si me tocara alguna suerte...
OREY. Los tres primeros números, tienen derecho á un lote cada uno: vamos, ¿hay más aficionados?... Cinco billetes me quedan; los doy en dos sueldos.
DIANA. Vengan.
JUAN. ¡Hola! ¿Tambien tú juegas?
OREY. ¡Silencio! Empiezo el sorteo.
JUAN. Te regalo el primer lote, Juliana.
JULIANA. Pero si todavía no te ha caido?
JUAN. Me caerá, que es igual. ¡Cuando te digo que hoy tengo mucha suerte!
OREY. ¡El veinticinco!
Un aldeano. ¡Aquí está!
OREY. Toma; una caja de cuerno para el rapé.
JUAN. Para tu mujer.
OREY. ¡El treinta y tres!
JUAN. ¿Treinta y tres? (*Con alegria.*) ¡Ah!... pues no le tengo. ¡Esta lo tiene! (*Por una aldeana, que le enseña el billete.*)
OREY. Un peine para los bigotes. (*Risas.*) ¡Allá va el último! ¡Cuarenta y dos!
DIANA. ¿Cuarenta y dos?... Pues es el mio; he ganado!
OREY. Toma; un bonito cuchillo.
ERNESTO. ¿Un cuchillo?
DIANA. Toma, Ernesto; te lo regalo.
ERNESTO. ¿A mí?
DIANA. Si alguna vez te engaño, mátame.
ERNESTO. ¡Diana mia!... (*Vánse los dos.*)
JUAN. ¡Un cuchillo!... no le quiero; eso corta la amistad.
JULIANA. Pues yo quiero tener uno, y voy á comprarlo... ¡Eh! ¡Señor Orey!...
JUAN. De seguro que le compra para regalármelo... Ya viene con él. ¡Qué hermosa y qué amable eres!
JULIANA. ¿Por qué?

JUAN. Porque vas á darme...
JULIANA. Sí; con él, si me engañas.
JUAN. ¡Cómo!... ¿qué?...
JULIANA. Que lo guardo para matarte si me eres infiel.
JUAN. No, no... yo lo juro. (¡Es una hiena!)

ESCENA IX.

DICHOS.—ADOLFO.

ADOLFO. ¡Dónde está el baile?
JUAN. ¡Hola, señor Adolfo!
ADOLFO. ¿Dónde está Emilia?
JULIANA. Creo que está por allí.
JUAN. Iba con la señora y el conde de Granval.
ADOLFO. ¡Ah! ¿Está aquí el Conde?
JUAN. ¡Ya lo creo!... Ahí los teneis.

ESCENA X.

DICHOS.—SUSANA.—EMILIA.—EL CONDE.—DIANA.—ERNESTO.

SUSANA. ¡Ya está aquí Adolfo!
EMILIA. ¿Me esperabas?
ADOLFO. Sí; ya es tarde, y he venido á buscarte.
CONDE. ¿Pero os marchais?
ADOLFO. Al momento; ¿y cuándo hacemos ese negocio de vuestros dos caballos, señor Conde?
CONDE. Cuando querais, amigo mio.
ADOLFO. Son dos alhajas, francamente, y tengo muchas ganas de que sean mios; pero quereis mucho por ellos.
CONDE. Venid á casa cuando gusteis, Adolfo, y nos entenderemos.
ADOLFO. Pues iré; queda convenido. ¿Vamos?
SUSANA. ¿Y tú, Diana, te quedas en la fiesta?
DIANA. No; me marcho con vos, señora.
ADOLFO. En marcha.
EMILIA. Cuando gusteis.
DIANA. (*Ap.*) ¿Se resistirá?... ¿no irá á la cita?... (*Emilia deja caer el ramillete.*) ¡Cielos!
CONDE. ¡Ah!
ADOLFO. Ten cuidado, que has dejado caer tu ramillete.
DIANA. (*Ap.*) ¿Cómo hablar al Conde?... ¿cómo obtener de él...?
ERNESTO. ¡Cómo le mira!

SUSANA. Vamos, Diana.
ADOLFO. Vamos!
ERNESTO. (*Ap.*) ¡Si me engañase!...
OREY. ¡Vamos, hijos, en baile!... Contradanza.
JUAN *y aldeanos.* ¡Sí, sí; contradanza!

(*Adolfo toma del brazo á Emilia. El Conde cruza una mirada de inteligencia con ésta. Diana los observa; Ernesto á Diana, y se van marchando por su órden. Los aldeanos se han colocado para la contradanza; la música empieza y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La casa del conde de Granval.—Puerta al foro y laterales; chimenea á la izquierda, en primer término. En el foro, á cada lado de la puerta de entrada, una panoplia. A la derecha, en primer término, un sofá, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

El Conde.—Luis.—Arturo, *sentados alrededor de una mesa y concluyendo de comer.—Candelablos encendidos.*

Conde. ¡Esa música es encantadora!
Luis. No hay otra igual.
Conde. (*Brindando.*) ¡Por la música francesa! (*Bebe.*) ¿Y qué hay de nuevo, señores?
Luis. Que la ley de amor, como la llaman, ha sido desechada, y es cuestion de un cambio de Ministerio.
Conde. (*Riéndose.*) Já! já!... Ya hace tres meses que Villek debia haber hecho dimision por pura coqueteria.
Arturo. Señores, ¡por Dios!... no hablemos de la nauseabunda política, porque se nos va á indigestar la comida.
Conde. Tienes razon. ¿Qué hacen hoy en la Opera?
Luis. Nada. Está en plena insurreccion.
Conde. ¿Cómo?
Luis. Han mandado que las bailarinas lleven más largos los vestidos.
Conde. Medida que habrá puesto furiosa á la orquesta.
Luis. Y á ellas tambien.
Conde. ¡Es una idea magnífica!... Vamos, muchachos; la última copa de Champagne.

ARTURO. (*Brindando.*) ¡A tu hospitalidad!
LUIS. (*Id.*) ¡Y á tu vuelta á París!
CONDE. Entonces brindemos antes por la muerte de mis ingleses; porque mientras vivan es imposible mi regreso.
LUIS. (*Levantándose.*) ¿Pero te has propuesto morir de emocion en este viejo castillo feudal?
CONDE. ¡Qué blasfemia!... ¡Morirme en un castillo, en el que uno de mis antepasados, Segismundo de Granval, sostuvó un sitio, no sé á punto fijo contra quien, y murió cubierto de gloria!
LUIS. (*Tendiéndose en el sofá.*) Si nuestras bellas de París supieran que el descendiente de Segismundo, el elegante capitan de la Guardia real, pasa su vida en hacer bailar á las aldeanas y cortejar á las maritornes...! (*Rien. Los criados retiran la mesa.*)
CONDE. Reid, caballeros, reid; pero ¿qué quereis?... tengo, aunque sea momentáneamente, las costumbres pastoriles; bebo leche y veo acostarse el sol; veo tambien levantarse la aurora, esa casta aurora, que los libertinos como vosotros, no se atreven á contemplar frente á frente; me entretengo en premiar la virtud, y doto una doncella pobre todos los meses.
TODOS. Já! já!... ¡todos los meses! Já! já!... (*Riendo.*)
LUIS. ¡Nada menos que doce por año!
ARTURO. Pero ¿y si no hay doce doncellas pobres en el pueblo?
CONDE. Las hago venir de las cercanías.
UN CRIADO. (*Entrando.*) Señor Conde...
LUIS. Já! já!... ¡Qué criado tan misterioso! (*Riéndose.*)
CRIADO. (*Bajo.*) Señor Conde... ahí espera una persona...
CONDE. (*Alegre y ap.*) (¡Es ella! ¡Emilia!) Aguarda un poco. (*Al criado.*)
LUIS. (*Levantándose.*) Vámonos, Arturo; no le molestemos. Esta visita será sin duda alguna doncella pobre que viene por su dote: retirémonos y haremos un ponche, brindando con él por el triunfo de la edad de oro y de las costumbres pastoriles.
ARTURO. ¡Bravo! ¡bravo! (*Dándole la mano al Conde.*) ¡Valor, Conde!
LUIS. (*Id.*) ¡Buen ánimo! (*Vánse*).
CONDE. Anselmo, had que pase. (*El criado se va.*) ¡Por fin ha venido! (*Aparecen el criado y Diana.*) (¡La pastora!) Déjanos. (*Al criado*).

ESCENA II.

DIANA.—EL CONDE.

CONDE. ¿Eres tú, hija mia?... ¿Qué motivo te trae aquí?... ¿Pero qué tienes? Estás temblando... ¿Tienes miedo de mí?

DIANA. Si le tuviera no hubiera venido á buscaros. Sin embargo, mi corazon late con tanta fuerza, que no me deja esplicar...

CONDE. *(La conduce á una butaca y la sienta.)* Tranquilízate y habla sin temor. ¿Qué te pasa? ¿qué quieres?... ya sabes que soy tu amigo.

DIANA. ¡Ah! sí; habeis sido muy bueno, muy generoso con Ernesto, y eso me infunde confianza. Hablaré; es preciso. Señor Conde, en el baile ha dejado caer Emilia su ramillete, y eso significaba que aceptaba la cita que le habeis dado aquí á las nueve.

CONDE. ¡Diana!

DIANA. No tengais cuidado; soy la única persona en el mundo que sabe este secreto, y no lo revelaré á nadie, podeis creerme; pero ella... ¡ella puede perderse!... ¡Ella... la hija tan querida de mi buena madre!... ¡Ella... mi hermana!... ¡Oh, Dios mio! *(Llorando.)*

CONDE. ¿Lloras?

DIANA. Es que vos ignorais... ¡Ah, señor Conde! tal vez lo que voy á deciros sea una impertinencia; pero el deber me obliga; escuchadme. Una mañana... hace mucho tiempo, yendo la señora Susana á ver los jornaleros que trabajaban en su tierra, encontró á poca distancia de su casa una niña recien nacida, abandonada, perdida... Esa niña era yo, señor Conde; me tomó en brazos y se volvió á la granja diciendo: «Hasta hoy no tenia más que una hija; pues bien, de hoy en adelante tendré dos; acepto esta que el cielo me envia.» Ella me educó... á mí, á quien la miseria abandonaba! Ella me amó... á mí, á quien nadie queria amar!... Pero dejemos esto. Ayer me dijo: «Vela por Emilia, por que si le sucediese una desgracia, mi muerte seria cierta.» Entonces calculé que vos podrias ayudarme á pagar esta deuda de reconocimiento, y á eso es á lo que he venido á vuestra casa... Vos

sois jóven, valiente y noble... encontrareis muchas mujeres que os amen; pero Emilia... ¡ah! su marido la mataria, y mi bienhechora moriria de vergüenza y de desesperacion... Cuanto os digo es la verdad, señor Conde; yo no soy digna de pisar vuestra casa; yo no soy más que una pobre huérfana, y he venido como si me condujese el ángel de mi guarda, para pediros la vida de una madre y el honor de su hija! (*Cae de rodillas.*)

CONDE. (*Conmovido.*) Diana... te aseguro que no hay nada de lo que presumes; te juro que te has equivocado.

DIANA. ¡Oh! no, no jureis; no mintais; no querais destruir la confianza que tengo en vos; esta confianza que me hace creer que tendreis compasion de nosotras... ¿y sabeis en qué la fundo?... ¿Os acordais del Domingo de Ramos? Yo os ví en la iglesia del pueblo cuando tomasteis la rama de boj de la mano de un mendigo; os ví solo y triste ir á colocarla sobre una tumba que os es muy querida, y orar sobre ella largo rato; yo os seguia y pude observarlo todo. Pues bien, en nombre de vuestra madre, que duerme en aquella tumba, dejad vivir á la mia!... en nombre de aquella santa, no arrojeis al abismo á esa pobre mujer que os ama, y á quien esta primera falta conduciria á la vergüenza y á la muerte.

CONDE. (*Levantándose despues de una pausa.*) Tienes razon, Diana; el ángel de tu guarda te ha conducido hasta aquí; el honor de Emilia será sagrado para mí, te lo juro; ¡mi madre te ha oido!

DIANA. (*Besándole las manos arrodillada.*) ¡Ah! ¡qué bueno sois!... No en vano confiaba en vuestro bondadoso corazon!... (*El reloj da las nueve.*) ¡Las nueve! (*Anselmo aparece en la puerta.*) ¡Ella es!... ¡Oh! no quiero que me vea... no quiero que sepa...

CONDE. (*Abriendo una puerta de la izquierda.*) Sal por aquí, y cuenta que te cumpliré el juramento que te he hecho.

DIANA. Gracias, señor Conde; gracias á vos, ya puedo pagar mi deuda. (*Vase.*)

CONDE. (*Al criado.*) Que pase, y que nadie absolutamente entre aquí; ¿lo entiendes? (*Anselmo se inclina y se retira.*)

ESCENA III.

EL CONDE.—EMILIA, *saliendo con aturdimiento. Viene cubierta con un velo, que se quita al salir y deja caer detras del sofá.*

EMILIA. ¡Ah! ¡Salvadme, señor Conde!... ¡Él es!...

CONDE. ¡Emilia!... ¿Qué es esto?... ¿Qué teneis?

EMILIA. ¡Un hombre me persigue... viene detras de mí... un fantasma!

CONDE. Tranquilizaos. (*La conduce á una butaca.*) Aquí no hay fantasmas, ni aun cuando las hubiera, osarian penetrar hasta esta habitacion: aquí no hay más que nosotros; delante de vos, no se halla más que el hombre que os adora, que sabria morir por defenderos. Tranquilizaos, os lo repito; aquí no hallareis más que amor.

EMILIA. (*Reponiéndose.*) Señor Conde, os habeis equivocado: mi presencia en este sitio y á esta hora, no debe daros esperanza alguna; si me encuentro aquí, no es por consecuencia de la caida de mi ramillete, que tuvo lugar en un momento de imprudencia, no: demasiado culpable fuí con semejante accion, que bastará para acibarar mi vida; pero gracias á Dios, mi conciencia se ha despertado y me ha recordado mis deberes, que, os lo juro, jamás volveré á olvidar. Yo salí de mi casa momentos antes de dar las nueve, para venir á deciros esto mismo; habria andado apenas doscientos pasos, cuando conociendo que mi venida, fuera cualquiera el objeto, era otra nueva imprudencia, intenté volverme; pero un hombre, que no he podido conocer, se interpuso, y el miedo me hizo correr hácia adelante. Ese hombre no ha cesado de perseguirme como una sombra; ese hombre me ha aterrado, y me he visto obligada á entrar aquí, para pediros que me salveis... Libradme, señor Conde, de ese hombre, y tal vez pueda perdonaros.

CONDE. Estais sumamente agitada; calmaos, os lo ruego; tal vez no haya motivo para que os alarmeis de ese modo; quizá vuestra misma imaginacion os haya hecho ver lo que no existe. Vuelvo á repetiros que podeis estar tranquila en esta casa, que es vuestra, y donde no hallareis ni vereis más que á vuestro constante adorador.

EMILIA. (*Levantándose.*) Señor Conde, os habia creido un caballero, y véo con dolor que me he equivocado. ¿No habeis entendido lo que acabo de deciros? ¿No quereis entenderlo? ¿Quereis aprovecharos de la ocasion que me ha traido hasta aquí, para que vuelva á escuchar lo que nunca debia haber oido? (*Pausa.*) ¿Callais?... ¡Ah! ¡sois un hombre sin corazon!... Dejadme salir. (*Va á salir y se oye la voz de Adolfo dentro.*)

ADOLFO. Pero si no voy á decirle más que una palabra... ¡qué diablo!... dejadme entrar!

EMILIA. ¡Dios mio! (*Con espanto.*) ¡Es él!

ANSELMO. (*Entrando.*) El señor Adolfo se empeña en hablar al señor conde.

CONDE. Hadle esperar. (*Váse Anselmo.*)

EMILIA. ¡Me ha seguido, me ha visto, y sabe que estoy aquí!

CONDE. Si no le recibo sospechará... Entrad por esa puerta. (*Señala la puerta por donde entraron sus amigos. Al llegar Emilia se oyen carcajadas.*)

EMILIA. ¡Ah!... ¿Qué ruido es ese?... En esa habitacion hay gente!... me verán al pasar!... ¡Todavía más deshonra!

CONDE. Lo más probable es que Adolfo ignore... Venid... entrad allí. (*Emilia se oculta por la puerta primera de la derecha.*) ¡Anselmo! (*Aparece el criado.*) Déjale pasar.

(*Sale Adolfo precedido de Anselmo, que se retira en cuanto pasa Adolfo*).

ESCENA IV.

EL CONDE.—ADOLFO.

ADOLFO. Señor Conde, como yo sabia que aun no os habiais acostado... (*Risas dentro.*) ¡Ah! ¿teneis reunion?... Perdonad mi indiscrecion; pero como no me gusta dejar los negocios para mañana, si puede ser, por eso...

CONDE. ¿Y puedo saber, Adolfo...

ADOLFO. ¿El motivo de mi visita?... Pues qué, ¿no lo adivinais?... Vengo á concluir nuestro negocio.

CONDE. ¡Nuestro negocio!... ¡Ah! sí.

ADOLFO. ¡Pues! Se me ha puesto en la cabeza... Esta tarde, despues de comer, me he dicho: «Es preciso concluir de arreglar este negocio con el señor Con-

de.» Mi mujer estaba en la granja con su madre, y como me he quedado solo, aproveché esta coyuntura y me he venido aquí paseando. Con que vamos, señor Conde, no ando en rodeos; os doy doscientos escudos por los dos caballos: acabo de verlos en la cuadra y cada vez me gustan más. Es asunto concluido, si vos quereis.

CONDE. Por mi parte, concluido.

ADOLFO. Perfectamente: nos parecemos á los verdaderos chalanes... Pero no quiero distraeros más tiempo, puesto que vuestros amigos os esperan. Hasta otro rato, señor Conde.

CONDE. Hasta cuando gusteis, Adolfo.

ADOLFO. Y perdonadme si he forzado la consigna. (*Va á salir y se para mirando las panoplias.*) ¡Caramba! ¡qué buenas armas teneis!... ¡Escelente espada! (*Tomando una.*) Los antiguos tendrian mucha más fuerza que nosotros, ¿verdad?

CONDE. ¡Yo lo creo!

ADOLFO. (*Doblando la espada y jugando con ella.*) ¿Vendreis mañana á la granja?

CONDE. Sí.

ADOLFO. Pues señor, es una gran espada. (*La deja.*)

CONDE. (*Ap.*) ¡Cuándo se marchará!

ADOLFO. (*Va á salir y repara en el velo.*) ¡Calla!... ¡Qué veo! (*Recogiendo el velo.*) Parece que no es solamente á vuestros amigos á quienes he incomodado, señor Conde.

CONDE. (*Ap. con temor.*) ¡El velo de Emilia!

(*Adolfo mira maquinalmente el velo; de repente lo reconoce, deja el sombrero sobre un mueble y mira al Conde con altaneria.*)

ADOLFO. Me parece que conozco este velo.

CONDE. No será extraño. (*Sonriéndose.*)

ADOLFO. (*Ap.*) (¡Sí, no hay duda!) Señor Conde, aquí ocultais una mujer!

CONDE. ¿Y aunque fuera verdad...?

ADOLFO. ¡Quiero verla!

CONDE. ¡Vos!... ¿Y por qué?

ADOLFO. Por que tengo derecho para ello.

CONDE. ¿Vos?

ADOLFO. ¡Esa mujer es la mia!

CONDE. ¡La vuestra!

ADOLFO. Os digo que quiero verla, y la veré.

CONDE. ¿Estais loco, Adolfo? ¿Olvidais que no estais en vuestra casa? ¿Que yo soy aquí el amo?

ADOLFO. Señor Conde, menos palabras... ¡Os juro que no saldré de aquí sin ver á la mujer á quien pertenece este velo!... ¿Dónde está? ¿Quién es?
DIANA. (*Saliendo.*) Yo soy.
ADOLFO. (*Sorprendido.*) ¡Diana!
CONDE. (¡Se ha salvado!)

ESCENA V.

DICHOS.—DIANA.—*Luego* ERNESTO.

DIANA. La misma, señor Adolfo.
ADOLFO. ¡Tú... aquí!... ¿Cómo...?
DIANA. El señor Conde me habia dado una cita, y he venido. Ese velo me pertenece; me lo ha prestado Emilia.
(*Ernesto aparece en el foro, pálido y descompuesto.*)
ADOLFO. ¡Ah!... ¿Con que confiesas...?
DIANA. Sí.
ADOLFO. Pero... ¡Ernesto! (*Viendo á Ernesto, que se apoya en la puerta.*)
DIANA. Ernesto... creia amarle... pero... yo no... (*Viendo á Ernesto.*) (¡Él!!... ¡Bondad divina!... ¡Ah, bienhechora mia! por tí...)
ERNESTO. (*Sumamente agitado.*) ¡Diana! ¿qué es lo que acabas de decir?... ¿Habré oido mal?... ¿Es un sueño... un horrible sueño, no es verdad?... Responde. (*Pausa*) ¿No quieres hablar?... ¿Con que esa mujer á quien he seguido... esa mujer que se cubria la cabeza como una culpable, ocultando su cara y su vergüenza... esa mujer eras tú?
ADOLFO. ¡Ernesto!
ERNESTO. Perdonadme, señor Adolfo; no sé donde estoy... hace dos horas que estoy luchando con la desesperacion y la rabia en mi corazon... ¡Ah! me ahogo!... ¿No sabiais lo que era el amor de Diana para mí?... ¡Era mi vida, mi religion, mi Dios!... y si ella me ha engañado... ella, que es toda mi familia... ella, que es todo lo que yo amo en el mundo, ¿no veis que no me queda más que noche, desgracias... y por fin la muerte? ¡Ah! (*Llorando sin poderse contener.*) ¡Soy muy desgraciado, señor Adolfo... muy desgraciado! (*Cayendo en una butaca.*)
DIANA. (¡Dios mio, Dios mio... qué he hecho!)
(*Despues de una breve pausa, se levanta Ernesto y se dirige al Conde con fuerza.*)

ERNESTO. Y bien: vos, caballero, ¿tampoco quereis hablar?... Hablad; tened el valor de decir en alta voz, y delante de mí, que ha sido por vos por quien ha venido aquí; que le habeis dado esa cita hoy mismo en la fiesta; que es una mujer perdida... que vos sois su amante!... Hablad ¡por Dios!... decidlo. Hablad; somos dos hombres, frente á frente; hablad, y sepa yo por fin en quién me he de vengar.

DIANA. Ernesto, ¡por piedad!... ¡recuerda que te salvó la vida!

ERNESTO. ¿Y qué importa que me salvara la vida, si fué para robarme despues el honor?... ¿Por qué no dejó que me fusilaran como á un perro?... Señor conde de Granval, esta vida que vos me salvasteis, va á servir para arrancaros la vuestra. ¡Defendeos! (*Precipitándose sobre él.*)

DIANA. ¡Ernesto! (*Poniéndose delante del Conde.*)

ERNESTO. ¡Ah!... ¡le defiende!... (*Dando un grito terrible.*) ¡Le defiende contra mí!... ¡Dios justo!... ¿Pero puede ser verdad tal engaño?... Di, Diana, ¿por ventura le amas?

DIANA. (*Mira á la puerta por donde marchó Emilia, despues á Adolfo, luego á Ernesto, y por último al cielo, y dice bajando los ojos y haciendo un esfuerzo con la mano en el corazon.*) Sí.

ERNESTO. (*Con furia, queriendo arrojarse sobre ella y contenido por Adolfo.*) ¡Miserable!

DIANA. ¡Ah!! (*Dando un grito y cayendo de rodillas; el Conde pasa delante de ella.*)

ADOLFO. (*Deteniendo á Ernesto, que ha quedado en el extremo de la derecha del actor; á su izquierda Adolfo, el Conde, y Diana de rodillas.*) ¡Ernesto!... la vida de esa mujer no te pertenece; solo un esposo ultrajado puede hacerse justicia á sí mismo.

DIANA. (*Bajo al Conde.*) ¡Ah! ¡Pobre Emilia!... la hubiera muerto!

(*Cuadro.—Adolfo arroja el velo á Diana con desprecio; Ernesto cae en una butaca y se oculta el rostro con las manos; el telon baja despacio.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion que en el acto primero.

ESCENA PRIMERA.

JUAN.—JULIANA.

(*Al levantarse el telon Juan se está lavando en un cubo.*)

JULIANA. (*Entrando.*) ¿Pero dónde estará?... ¡Ah! está aquí! (*Gritando cerca de él.*) ¡Juan! (*Juan deja caer el cubo que sostenia con las dos manos, y donde tenia metida la cabeza.*) ¿Pero qué haces ahí?

JUAN. ¡Toma!... Me estoy lavando.

JULIANA. ¡Ah! ¿Tú acostumbras á lavarte?

JUAN. De tarde en tarde.

JULIANA. Sí; te limpias y te arreglas para agradar á las muchachas!

JUAN. No, mujer, no; si es que hace ocho dias que no me lavaba, y estaba negro como un carbon.

JULIANA. ¡Mientes!

JUAN. Te juro que es verdad; yo no me lavo más que los domingos.

JULIANA. (*Mirándole á los pies.*) ¡Calla!... ¡Qué veo!

JUAN. ¿Hay más todavía?

JULIANA. ¡Zapatos nuevos!... Señor Juanito; vos teneis una querida.

JUAN. Te diré: es que se rompió el del pie izquierdo... y por eso...

JULIANA. ¿Lo habeis roto, eh?

JUAN. Sí.

JULIANA. Enseñadme los pedazos.

JUAN. ¡Oh!

JULIANA. ¡Hola! ¿Os turbais?

JUAN. (*Ap.*) ¿Y era esta la felicidad y la dicha que yo me prometia?

JULIANA. ¿Qué dices?

JUAN. Escúchame, Juliana; voy á hacerte una proposicion.

JULIANA. Habla; pero pronto... ¿Por qué no hablas?

JUAN. ¡Pero si no me dejas!

JULIANA. Es verdad: habla.

JUAN. Pues bien, oye: yo te he querido con pasion; pero veo que nuestros genios no son para vivir juntos. Cuando yo digo *arre*, tú dice *soo*; tú te casarás con otro, yo haré lo mismo con otra; y quedaremos como estábamos antes de querernos, es decir, como un verdadero par... de amigos. ¿Qué tal?

JULIANA. ¡Ah! ¿Era eso á lo que querias venir á parar?

JUAN. Yo no queria venir á parar á nada; decia...

JULIANA. (*Enfadada.*) Así, eso es, así; despues que me he enamorado de tí, por tus prendas, por tu elegancia... ahora me dejas?... ¡Ah, Juanito!... ¡Bribon! (*Sollozando estrepitosamente.*)

JUAN. Vaya, bien... ¡ahora las lagrimitas!

JULIANA. (*Con voz aterradora.*) ¡Juan! yo no soy más que una débil mujer... una pobre muchacha!

JUAN. (*Con timidez.*) Sí... ya lo sé.

JULIANA. Pero ten cuidado conmigo; antes no podia yo verte ni pintado... pero ahora te encuentro bonito... tienes buenos ojos... buen pelo... bonita nariz... (*Le tira de ella mientras Juan dice:*)

JUAN. ¡Oh! ¡Desgraciado del que nace hermoso!

JULIANA. Tú te casarás conmigo... y yo te diré por qué.

JUAN. ¡Pero si nuestros genios no son...!

JULIANA. No importa; te quiero con el genio que tienes... y yo, te lo aseguro, ya verás como seré... mansa lo mismo que un cordero.

JUAN. Sí; pero...

JULIANA. Lo mismo que una manada de corderos.

JUAN. (*Ap.*) Sí; como una manada de lobos.

JULIANA. Pero como hagas alguna calaverada, te he de hacer pasar la pena negra. Ya observo tus miradas á Rosita y á Antoñita.

JUAN. ¡Qué disparate!... Yo no miro á nadie más que á tí; te lo juro.

JULIANA. En fin, ya lo veremos; por ahora, toma; te permito besar mi mano.

JUAN. (*Besándola.*) ¡Ay, Juliana de mi vida! (*Ap.*) (¡Qué piel tan fina y tan reluciente!... parece á los granos de maiz!)

JULIANA. (*Ap.*) ¡Ay, qué hombres!.... Cualquier mujer hace de ellos lo que quiere.

ESCENA II.

DICHOS.—ADOLFO, *por el foro.*

ADOLFO. ¿Está mi madre en casa?

JULIANA. Creo que sí. ¡Buenos dias, señor Adolfo!

JUAN. ¿Y la señorita Emilia, está bien?

ADOLFO. Sí .. ¿pero dónde está vuestra ama?

JULIANA. ¿La aviso?

ADOLFO. Decidle que la espero.

JULIANA. (*A Juan.*) Vamos, que yo voy á avisar á la señora, y tú tienes que irte al establo; pasa delante.

JUAN. Ya voy. Hasta otro rato, señor Adolfo.

JULIANA. Servidora vuestra. ¿Pero pasas, imbécil?

JUAN. (*Ap.*) ¡Ay, qué genio!... ¡Y yo que creia estar libre de ella!... ¡Ah! Desgraciado del que nace hermoso!

ESCENA III.

ADOLFO.—*Luego* ERNESTO.—*Despues* EMILIA.

ADOLFO. Sí; quiero hablarla y prevenirla. Despues del escándalo de anoche en el castillo del Conde, cumpliré con este deber, por penoso que me sea. (*Ernesto entra por el foro, pálido y abatido; se adelanta tarareando y mondando una ramita con el cuchillo que Diana le regaló en el acto segundo.*)

ADOLFO. ¡Ernesto! (*Viéndole.*) (¡Pobre hombre!... ¡Hé aquí lo que hacen esas mujeres perdidas!) ¿Sufres?

ERNESTO. (*Con alegria fingida y casi llorando.*) ¿Sufrir?... ¿Por qué?... ¿Por que me ha engañado una mujer?... ¡Bah!... ¡las mujeres!... ¡Si los hombres fuesen á hacer caso de ellas!... no; he visto mucho de esto cuando he estado de guarnicion.

ADOLFO. No, te engañas; tú no has querido de corazon más que á Diana, y pór eso sientes tanto esta desgracia.

ERNESTO. Si os digese que no me habia afectado, mentiria; pero ahora... ya concluyó... ya pasó...

ADOLFO. No estás tranquilo todavía, y la prueba es que vienes aquí, por si vuelves á verla.

ERNESTO. ¡Verla! ¿Para qué?... ¡para despreciarla!... ¡para pedirla detalles acaso!... no; he venido... porque pasaba... y entonces... (*Escuchando.*) ¡Es ella! (*Con gran emocion.*)

ADOLFO. (*Deteniéndole.*) ¡Ernesto!

ERNESTO. ¡Me ahogo, Adolfo!... ¡me parece que me falta aire para respirar! (*Movimiento de Adolfo.*) No; tranquilizaros; si sé que no está en casa... habrá ido en busca de su amante!... Hace bien; ella es libre... y obra como le parece... Nuestros amores han concluido para siempre... no es ella la única en el pueblo, y puedo escoger la que más me agrade. Hay rubias, morenas... ¡yo me habia de apesadumbrar por una mujer perdida!... ¡por una infame!... ¡Yo!... Já! já! já!... (*Le da un acceso de risa, que concluye en llanto, y sale precipitadamente por el foro.*)

ADOLFO. ¡Ernesto!... Escucha!... Oye! (*Va á seguirle y se para al ver entrar á Emilia.*) ¡Emilia!

EMILIA. (*Con agitacion.*) ¡Tú aquí!

ADOLFO. Sí, sí, es preciso ir en su busca. Espérame; vuelvo al momento. (*Váse.*)

EMILIA. ¡Dios mio! ¿qué tendrá?... ¿qué habrá venido buscar aquí? (*Entra Diana.*)

ESCENA IV.

EMILIA.—DIANA.

EMILIA. ¡Ah, Diana! Estaba impaciente por verte, por hablarte... ¿Estamos solas?

DIANA. Sí; tu madre está pagando ahora á los trabajadores.

EMILIA. Diana, hermana mia... deja que me arroje á tus pies.

DIANA. ¡Emilia, por Dios! (*Levantándola.*)

EMILIA. Yo no puedo aceptar tu sublime sacrificio, no; es preciso que la culpable sea castigada, y la culpable soy yo. Anoche, aterrada por la súbita aparicion de mi marido, no pude disculparte... las palabras se elaban en mis labios... ayer me creí muerta, me faltó el calor... no sé esplicarte lo que sentí; estaba loca!... Pero ahora que pierdes

por mí tu felicidad y tu honor... yo hablaré, yo diré la verdad á todo el mundo.

DIANA. No puedes hacerlo, Emilia. Si una de las dos ha de quedar deshonrada, ¿no vale más que sea yo? Nadie tiene derecho á pedirme cuenta de mi honor; soy huérfana y libre. Pero tú, hermana mia... á tí te costaria la vida!

EMILIA. ¿Y qué me importa?... que me mate. ¿Para qué quiero esta vida que me es odiosa?... En fin, vengo resuelta á decir la verdad, y la diré; lo quiero, y mi deber es hacerlo así.

DIANA. ¡Ah! no, no; Adolfo te mataría. ¿Ves como no debes hablar?

ESCENA V.

DICHAS.—SUSANA.

EMILIA. (*Yendo á su madre.*) ¡Madre!... ¡madre mia!

SUSANA. ¿Qué tienes? ¿Qué es eso?... ¡tu mano abrasa!

EMILIA. No... no lo creais.

SUSANA. ¡Y lloras!... ¿Qué sucede? Hablad.

EMILIA. Nada... yo os lo juro.

DIANA. Nada, señora.

SUSANA. Me engañais; vuestra emocion me hace temblar: ¿ha sucedido alguna desgracia? Decidme la verdad; pronto, la verdad.

ADOLFO. (*Entrando.*) Yo os la diré.

SUSANA. ¡Vos!
EMILIA. ¡Mi marido! } (*A un tiempo.*)
DIANA. ¡Adolfo!

ESCENA VI.

DICHAS.—ADOLFO.—*Luego* ERNESTO.

ADOLFO. Yo, que conozco la causa de la emocion de Emilia: grave es el motivo, y á pesar de ello, yo mismo vacilo al revelaros la falta de una de vuestras hijas.

SUSANA. ¡Dios mio! Emilia...

ADOLFO. Emilia vacila como yo al tener que acusar á su hermana.

SUSANA. ¡Su hermana!

ADOLFO. Sí, Diana, vuestra hija adoptiva, se ha hecho indigna de la confianza que teniamos en ella, y de

la estimacion con que la miraban en el país. Diana, en fin, es la querida del conde de Granval.

SUSANA. ¡Eso es imposible!

ADOLFO. Yo la he sorprendido ayer en casa del Conde.

SUSANA. ¡Tú!

ADOLFO. Yo. Y ella misma me ha confesado su falta en presencia de su mismo amante.

SUSANA. ¡Diana... que jamás ha dado á sospechar!... No; no puede ser; ven hija mia, justifícate; mi corazon me dice que no eres culpable. ¿No es verdad que no eres culpable?

DIANA. Adolfo ha dicho la verdad.

SUSANA. ¡Ah!... ¡Y yo te queria como si fueras mi hija!... ¿Así pagas los cuidados que he tenido en tu niñez... mi amor?

DIANA. (*Cayendo de rodillas.*) Perdon, señora, perdon.

EMILIA. ¡Madre mia!

SUSANA. ¡Conmigo tanta ingratitud!...

DIANA. ¡Ingratitud! Yo... yo que os respeto y os bendigo... ¡llamarme á mí ingrata!... ¡á mí!

ADOLFO. ¿Acaso habeis respetado el techo donde encontrasteis un asilo en vuestra orfandad? ¿Vuestra vergüenza, no nos toca á nosotros tambien?

DIANA. Es verdad... cuando me he lanzado al crímen, no he pensado el daño que podia haceros.

(*Ernesto aparece en el foro, se apoya en la puerta, y permanece insensible.*)

ADOLFO. ¡Y á Ernesto... á Ernesto que le habias prometido tu mano!

DIANA. ¡Ernesto! (*Con dolor.*)

ADOLFO A él tambien le mentias; y si fingias que le amabas era para ocultar mejor tu intriga con el conde.

DIANA. ¡Yo!

EMILIA. Adolfo, yo te lo ruego, no la insultes más.

ADOLFO. Querida Emilia... mientras Diana se ha mostrado digna de nuestra amistad, he sido para ella un amigo cariñoso; yo quiero á las gentes honradas, y á los que pueden llevar la frente erguida y mirar cara á cara; pero nunca perdono á los que hacen traicion á la confianza. Perdonar es una virtud cristiana; pero yo no puedo tener ahora esa virtud. (*Emilia va á hablar.*) Basta; te lo ruego. Tú haces lo que debe hacer una hermana, pero yo tengo que cumplir los deberes de jefe de familia. (*Pausa.*) Y vos, señora, ¿qué pensais hacer en este caso?

SUSANA. ¿Yo?... no puedo... no sé.

ADOLFO. Bien; la palabra que no os atreveis á pronunciar, yo la diré.—Diana... no podeis permanecer más tiempo en esta casa.

DIANA. ¿Me arrojais de aquí?

ADOLFO. Sí.

DIANA. ¿Y sois vos... vos?

ADOLFO. (*Con altivez.*) Yo, sí; ¿que teneis?

DIANA. Nada... nada.

EMILIA. No harás eso, Adolfo; yo no puedo consentirlo... yo diré...

DIANA. (*Vivamente á Emilia.*) ¡Oh, no... ¡calla!

EMILIA. Adolfo...

ADOLFO. Basta, Emilia; no quiero tener más indulgencia con esa mujer: me cuesta mucho castigarla, créelo; pero las faltas deben castigarse. Diana... ya no estais al servicio de mi madre; de consiguiente, tomad lo que os pertenezca, y esta tarde...

DIANA. Nada me pertenece, señor Adolfo; pobre era cuando entré en esta granja, y pobre saldré de ella tambien. (*Llorando.*) ¡Sois muy cruel conmigo... sois muy cruel!

ERNESTO. (*Adelantándose.*) La estais haciendo llorar, Adolfo. (*Con dulzura.*) Diana... no llores... si todo el mundo te ama aquí!... no te se pide más que una palabra para justificarte... y la dirás.

SUSANA. Sí, hija mia, habla; dinos si es verdad que eres culpable.

ADOLFO. Bien, si no lo es, que se justifique; que hable.

ERNESTO. ¡Oh! no, no... cállate!... no digas nada!... no quiero saber nada!... no pido que reveles tus secretos, no quiero que sufras... no quiero que llores! (*La abraza.*)

DIANA. ¡Oh, Ernesto!

ERNESTO. ¿Te han arrojado de esta casa?... pues bien, yo te amo, ven... serás mi mujer.

ADOLFO. ¡Ella tu mujer!... ¡la mujer de un hombre honrado!

ERNESTO. No los escuches, Diana, ven; y cuando tú lleves mi nombre, verás como todo el mundo te respeta... porque si no... Ven, salgamos de aquí; vámonos lejos, muy lejos... Yo no creo nada de lo que he visto ni de lo que he oido... no quiero que te hagan daño... (*Con exaltacion.*) Te amo! te amo!

ADOLFO. ¡Infeliz!... quieres engañarte á tí propio!... Tú no darás tu nombre á una mujer deshonrada.

ERNESTO. (*Vacilando.*) ¡Deshonrada! ¡deshonrada!

ADOLFO. Ernesto: ¿eres hombre?

ERNESTO. (*Retrocediendo.*) Sí, sí.

ADOLFO. Véngate de ella... despreciándola.

ERNESTO. ¡Despreciándola!

ADOLFO. Olvídala.

ERNESTO. (*Con dolor.*) ¡Olvidarla!... ¡olvidarla!... ¡Dios mio, si no puedo! (*Se deja caer en una silla.*)

DIANA. ¡Adios... todo lo que yo he amado!... ¡Adios, granja donde he crecido!... no soy ingrata, y nunca olvidaré la mano que me dió el pan, y la habitacion donde rogaba por mi bienhechora! ¡Adios, queridos objetos, que os veo por la última vez, no me olvideis, ya que yo os abandono y os lloro!

EMILIA. ¡Oh, Dios mio... Dios mio!

DIANA. (*A Susana.*) Señora: vos me habeis llamado vuestra hija... tened un poco de piedad; pensad que la casualidad me trajo ante vos, y que ahora soy una mujer *perdida*... pero sin embargo, os suplico que me permitais besar vuestra mano por última vez, y esto me dará valor: no podeis negaros. (*Susana le tiende la mano.*) ¡Ah! ¡gracias, madre mia!... ¡Adios, Emilia!... no olvideis á esta pobre mujer, que guardará vuestro recuerdo en el alma. ¡Ernesto... no me maldigas!... ¡Adios, todo lo que yo he amado... adios para siempre! (*Váse por el foro.*)

SUSANA. (*Tendiendo los brazos hácia ella.*) ¡Diana! ¡hija mia!

ADOLFO. Valor, madre: dadme vuestro brazo, apoyaos en mí. Lloradla como se llora á los niños que Dios llama á sí. Diana no existe ya para nosotros. (*Se van por la derecha.*)

ESCENA VII.

EMILIA.—ERNESTO.—*Despues* JUAN.

EMILIA. ¡Diana! ¡Diana!... ¡Dios mio! yo no puedo consentir... si no debo decírselo á mi madre, mi marido lo sabrá todo.

ERNESTO. (*Sacando el cuchillo.*) «Si alguna vez te engaño, mátame.»

EMILIA. ¿Qué dices, Ernesto?

ERNESTO. Mirad; ella me lo regaló... lo ganó en un lote, en casa de Orey... Já! já! já!...

EMILIA. (Me hace temblar.)

ERNESTO. ¿Os asusto?... ¡Oh, no tengais miedo, señora; no os haré daño alguno!... Vos no me habeis engaña-

do... Adolfo la ha arrojado de su casa, ha hecho bien... nada de perdon.

EMILIA. ¡Ernesto!

ERNESTO. ¡No hay perdon para la mujer culpable! Hay dos destinos escritos, no lo dudeis... hay dos! (*Cae sentado con la cabeza entre las manos.*)

EMILIA. ¡Oh! ¡Desgraciado! ¡desgraciado!

(*En este momento entra Juan con los aldeanos y le da una palmada en el hombro.*)

JUAN. Ernesto, Ernesto, ¿no vienes á almorzar?

ERNESTO. ¡Eh! ¿qué... qué quereis?... ¡Ah! ¿sois vosotros, amigos mios? (*Toma unos papeles de la mesa.*) Mirad, (*Delirante.*) mirad lo que hay aquí: Causa y sentencia de Ernesto Renó, convicto de haber asesinado á Diana la pastora, con los horribles detalles de su crímen... Já! já! já!... Causa y sentencia de Ernesto Renó... ¡Cúmplase nuestro destino! (*Sale precipitadamente por el foro agitando los papeles. Los aldeanos han retrocedido espantados: Emilia cae de rodillas en el proscenio.—Baja el telon.*)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Decoracion de selva larga.

ESCENA PRIMERA.

JULIANA.

JULIANA. (*Sentada sobre una peña.*) Me ama un poco .. no; un mucho... aunque es tonto de capirote. Sí, Juan me quiere con pasion, es verdad, y me hará feliz. ¡Ah! si no me amase así!... (*Mirando al cielo.*) ¡Calla! el cielo está encapotado! (*Levantándose.*) Por quien soy que tenia ganas de... ¡Ah! ya está aquí Diana. (*Mirando adentro.*)

ESCENA II.

JULIANA.—DIANA, *pálida y abatida, llega lentamente por el foro derecha. Lleva la cabrita.*

JULIANA. ¡Gracias á Dios!... ¿Pero qué tienes?
DIANA. Vengo á despedirme de tí.
JULIANA. ¡A despedirte! (*Sorprendida.*)
DIANA. Abandono la granja y el pueblo.
JULIANA. ¿*Tú*?
DIANA. Me han arrojado de casa.
JULIANA. ¿Arrojado?... ¡La señora Susana, que te queria como á su hija!... ¿Pero por qué?
DIANA. No me preguntes cosa alguna, por que no tengo valor para decírtelo; otros te lo dirán. (*Tomándole la mano.*) No me desprecies, Juliana; quiéreme siempre... por que soy muy desgraciada. (*Llora.*)

JULIANA. Vamos, no llores; yo no sé de lo que se trata; pero nuestra ama es una buena señora, y aún habrá medio de arreglar el asunto.

DIANA. No, es imposible.

JULIANA. Pero... ¿y tu boda?... ¿Y Ernesto?

DIANA. He tenido que renunciar á él, lo mismo que á mis proyectos de felicidad.

JULIANA. ¡Ay, Dios mio! (*Ap.*) (¿Qué habrá sucedido?)

DIANA. Si le ves, Juliana, trata de consolarle. Dile que me perdone; dile, que aunque soy tan culpable como me cree, siempre le amaré y pasaré mi vida pensando en él. ¿Me prometes hacerlo así?

JULIANA. Sí; le diré... pero...

DIANA. (*Haciendo un esfuerzo.*) Vamos, valor. ¡Adios!

JULIANA. ¿Pero dónde vas?

DIANA. No lo sé; á donde Dios me lleve. Confio en su bondad que me hará encontrar una casa, un abrigo donde guarecerme.

JULIANA. Pero no hay nada que te obligue á no marcharte de aquí?

DIANA. Nada. (*Mirando á la cabra.*) Y á tí tambien, pobre animal, es preciso decirte adios; ya no recibirás mis caricias... ya no nos volveremos á ver más!

JULIANA. (*Enternecida.*) ¡Pobre animalito!... ¡Esto parte el corazon!

DIANA. Abrázame, Juliana, y adios!

JULIANA. ¡Adios! puesto que es preciso. (*Se abrazan.*)

DIANA. ¡Para siempre! (*Con resolucion.*) ¡Ernesto! (*Va á salir y se encuentra con Ernesto.*)

ESCENA III.

DICHAS. — ERNESTO.

ERNESTO. Quédate.

JULIANA. (*Ap.*) ¡Dios mio! qué pálido está!

ERNESTO. Te buscaba... queria volverte á ver.

DIANA. ¡Volverme á ver!

ERNESTO. Sí: á pesar de lo que ha pasado; á pesar de tu confesion, dudo todavía; una voz me habla en tu defensa en el fondo de mi corazon. Me dice que no es posible que hayas podido ser perjura y falsa hasta ese punto; me dice que no te ví en el castillo; que fue todo aquello un sueño... (*Mirándola fijamente.*) ó más bien un secreto que ignoro, y que tú me ocultas. (*Movimiento de Diana.*) Que

se trata de otro motivo que el que has alegado... ¡Ah! sí, ¿no es verdad?... ¿No es verdad que lo he adivinado? ¿No es verdad que no has olvidado tus juramentos? ¿Que no has dejado de amarme un solo momento? Habla, justifícate... ¿no ves que mi razon me abandona?... ¿que se estravía mi juicio? ¿que la cólera me ciega y me hace delirar?... Diana, dí que mentias; dí que no eres culpable... dime que todo fué mentira y te creeré; yo creeré cuanto me digas... pero no me mates, habla por Dios... respóndeme.... mi corazon se rompe con los latidos; mi sangre arde... me vuelvo loco!

DIANA. (*Ap.*) ¡Dios mio! ¿qué debo hacer?... ¡Si me atreviera á fiar en su honor!

ERNESTO. ¿Vacilas?... ¿Pero no estás viendo que tu silencio me mata?

DIANA. (*Ap.*) (Si me jurase guardar secreto...) Ernesto...

ERNESTO. Acaba, acaba.

JULIANA. Sí, habla.

ERNESTO. Que pueda yo confundir á los que te acusan, á los que te han abandonado! Que pueda decir á todos, á Adolfo... pedid perdon á esa inocente, descubrios delante de ella, porque siempre ha sido digna de mi amor y de la estimacion de las personas honradas.

DIANA. (*Ap.*) (Yo hablaria; pero mi bienhechora... no puedo...) ¡Adios! (*Va á salir.*)

ERNESTO. No, no te irás; no quiero que me abandones... dime...

DIANA. (*Con dulzura.*) ¡Déjame!... No tengo nada que decirte.

ERNESTO. (*Con cólera progresiva.*) Luego entonces... ¿es verdad?... ¿me engañabas?

DIANA. Déjame marchar. (*Suplicando y bajando la cabeza.*)

ERNESTO. ¿A dónde vas? (*Agarrándola bruscamente de un brazo.*)

DIANA. ¡Me haces daño!

ERNESTO. ¿A dónde vas? Quiero saberlo.

DIANA. Voy...

ERNESTO. ¡A buscar á tu amante!... ¡A casa del Conde sin duda!...

DIANA. (*Vivamente.*) No, no; no lo creas.

JULIANA. Nos abandona; se marcha del pueblo.

DIANA. Sí, os lo juro.

ESCENA IV.

DICHOS.—JUAN.

JUAN. (*Dentro.*) ¡Diana! (*Llamando y saliendo muy sofocado.*) ¡Diana! ¡Gracias á Dios que te encuentro!... Cuánto he corrido!

DIANA. ¿Qué quieres?

JULIANA. ¿Qué traes?

JUAN. Vengo de parte del señor Conde.

ERNESTO. ¡Del Conde!

JUAN. Poco despues de marcharte, llegó preguntando por tí; la señora le dijo que ya no estabas allí, que el señor Adolfo te habia arrojado de la casa. «¡Pobre niña! exclamó; y es por mí por quien se ha perdido.» Entonces me entregó este bolsillo y esta carta diciéndome: «Corre á buscarla, dale de mi parte este dinero, y á Ernesto esta carta.»

DIANA. ¡Dinero!... ¡A mí dinero! (*Desesperada.*)

ERNESTO. ¿Y por qué no?... ¿No es rico?... pues es muy justo que pague tu amor.

DIANA. (*Exaltada.*) ¡Infamia!... ¡Oh! Ese dinero... no le quiero.

JUAN. Pues entonces...

DIANA. Vé, vuelve ese dinero á su dueño, y dile... óyeme bien; dile, que yo puedo dar mi honor, pero venderlo, nunca! (*Arrojando el bolsillo.*)

JUAN. Voy volando. (*Recoge el bolsillo y se marcha con Juliana. Ha oscurecido.*

ERNESTO. (*Aproximándose á Diana y mirándola horriblemente.*) ¡Desgraciada! (*Se oyen truenos.*)

DIANA. Ernesto... ya ves que he rehusado ese dinero; ya ves que no merezco tu desprecio.

ERNESTO. Pero acabas de confesar tu deshonra.

DIANA. ¡Mi deshonra!... (*Ap.*) (¡Dios mio, no puedo más! ¡Dadme fuerzas para callar!)

ERNESTO. (*Sacando el cuchillo y mirándola con furor.*) «Si alguna vez te engaño, mátame.»

DIANA. ¡Ah! (*Da un grito. Relámpagos y truenos más cerca.*)

ERNESTO. Tú lo has dicho; son tus mismas palabras: acuérdate. (*Delirante y yendo hácia ella, que huye espantada.*)

DIANA. ¡Perdon! ¡perdon! (*Cayendo de rodillas.*)

ERNESTO. Perdon, cuando me has engañado!... cuando has desgarrado mi corazon! Cuando amas á otro!... no, no hay perdon.

DIANA. ¡Ah, Ernesto, soy honrada! te lo juro; el Conde no puede perderme de este modo... ¡por Dios te lo pido!... lee esa carta, y si no está en ella mi justificacion, mátame.

ERNESTO. ¿Y qué puede decir esta carta ante los hechos? ¿No te he visto yo en casa de ese hombre? ¿No has confesado tú misma que eres su amante?

DIANA. Lee, Ernesto, lee por piedad! yo te lo suplico... (*Cayendo de rodillas.*) Tal vez ahí encuentres lo que yo no puedo decir.

(*Abre la carta y lee dominado por una convulsion nerviosa; en tanto Diana permanece de rodillas, repitiendo algunas frases de lectura en voz baja.*)

ERNESTO. «Acabo de saber la desgracia de Diana, causada por mi mal proceder; sé tus recriminaciones por las apariencias, que te han ofuscado y que la culpaban. Sin embargo, es inocente y pura, yo te lo juro por mi madre, que nos ve y nos oye, y por mi fe de caballero: es digna de tí, ámala como hasta aquí, y perdonadme si con mis estravíos he dado lugar á tanta desventura. Yo abandono ahora mismo este país para no volver jamás; pero deseo que la verdad quede en su lugar, te declaro solemnemente su inocencia, confesándote al mismo tiempo que era Emilia á quien yo amaba... Da á cada uno lo que le pertenece, y haz de esta declaracion el uso que quieras. —*El conde de Granval.*»

DIANA. ¡Gracias, Dios mio, gracias!

ERNESTO. ¡Poder de Dios!... ¡esto es un sueño... es una fascinacion! (*Levantándola y abrazándola.*) Diana de mi alma, yo no lo acabo de creer!... ¡Ah! perdóname; no soy digno de tí!

DIANA. ¡Ernesto!

ERNESTO. ¿Me perdonas?

DIANA. Con todo mi corazon! Ya ves que yo no podia descubrirte este secreto... no me pertenecia, y mi deber, mi gratitud, me obligaban á salvar á Emilia, aun cuando me hubiera costado la vida. ¡Pobre hermana mia!... Ahora, Ernesto mio, por mi amor infinito, te pido que procures olvidar lo que te ha revelado esa carta, y que jamás asome á tus labios la menor palabra que pueda comprometer á Emilia, ni causarle el más leve disgusto.

ERNESTO. Yo te lo juro, Diana; tan pronto como se celebre nuestro casamiento, partiremos lejos de estos sitios, donde tantas amarguras hemos sufrido.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS.—SUSANA.—ADOLFO.—EMILIA,—JULIANA.—JUAN.

JUAN. ¡Por aquí! ¡Por aquí! (*Dentro*).
ERNESTO. ¡Son ellos!... ¡Llegan! (*Con ira.*)
DIANA. ¡Ernesto!... ¡has jurado no revelar cosa alguna! (*Agarrándole una mano y pasándole á la izquierda del actor.*)
ERNESTO. Sí, sí.
DIANA. Ya están aquí... calla.
EMILIA. ¡Diana!
SUSANA. ¡Hija!
ADOLFO. ¡Ernesto!
JUAN y JULIANA. ¡Calla! (*Admirados.*)
ADOLFO. Ernesto.... hemos sido avisados por nuestros criados, que han temido una desgracia, y venimos á evitarla, separándote de esa mujer; abandónala y vuélvete con nosotros, olvidándola para siempre. (*Ernesto hace un movimiento para arrojarse sobre Adolfo y Diana le detiene.*)
ERNESTO. Señor Adolfo, os doy gracias por el interés que me demostrais; pero he resuelto no abandonar á Diana, y partiré con ella tan luego como sea mi esposa.
ADOLFO. ¿Qué dices?... ¡tu esposa!... ¿Le darás tu nombre?
ERNESTO. ¡Y mi alma!
ADOLFO. ¿Sin hacer caso del pasado?
ERNESTO. (*Lanzando una mirada de inteligencia y de reconvencion á Emilia, que lo observa con interés; ésta lo comprende y baja los ojos.*) Señor Adolfo, muchas veces engañan las apariencias. Mi amor la purifica, y yo os juro que, si algun dia vuelve á pisar este país, vereis su honra tan limpia como la luz del sol: entretanto respetad su desgracia, y puesto que Dios nos manda que perdonemos, ¡cúmplase la voluntad de Dios!

(*Baja el telon.*)

FIN DEL DRAMA.

TRES REYES Y TRES DAMAS, comedia en tres actos y en verso, arreglada del francés por D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores seis.—8 rs.
VALERIANA, melodrama en un acto y en verso, arreglado del francés, por don Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices tres; actores seis.—4 rs.
MATAR DOS PÁJAROS, zarzuela en un acto, original de D. José Segarra.—Actriz una; actor uno.—4 rs.
EL REY SE TRAGÓ LA PÍLDORA, zarzuela bufa en dos actos y en verso, original de los señores Somoza y San Martin.—Actrices dos; actores seis.—6 rs.
LA CAZA EN EL MOLINO, juguete lírico-cómico en un acto y en verso, original de D. J. G. de L. y M.—Actriz una; actores cinco.—4 rs.
LA CAPILLA DE MERLUZA, parodia en un acto y en verso, original de don Eduardo Montesinos.—Actriz una; actores cinco.—4 rs.
CANDIDEZ Y TRAVESURA, zarzuela en un acto y en prosa, por D. Gerónimo Moran.—Actrices tres; actores dos.—4 rs.
UN CLUB, disparate cómico-cantable en dos actos, originalidad de D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores seis.—6 rs.
TRES PERSONAS DISTINTAS Y UN SOLO AMOR VERDADERO, zarzuela en dos actos y en verso, original de D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores cuatro.
LA VIRGEN DEL PERDON, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo do la ópera *Dinhora*, por D. José Zorrilla.—Actrices cuatro, actores siete.—8 rs.
LAS CULPAS DE LOS PADRES, drama en tres actos y en verso, original de don José Zorrilla.—Actrices cinco, actores cinco.—8 rs.
VENGANZA DE AMOR, comedia original en tres actos.—8 rs.
LOS YERNOS DE D. SIMON, zarzuela en dos actos, arreglada del francés.—4 rs.
EL CASERO, escenas de la vida de alquiler, juguete cómico en un acto, en prosa y verso, original de D. Eduardo Saco.—Actrices dos; actores cuatro.—4 rs.
EL VERDUGO DE SÍ MISMO, drama en un acto y en verso, original de D. Angel Rodriguez Chaves.—Actrices una; actores tres.—4 rs.
EL CHALAN, zarzuela en un acto y en verso, original de D. Luis Blanc.—Actrices una; actores cinco.—4 rs.
Y otras varias, dramáticas y líricas.

LISTA DE LOS CORRESPONSALES DE PROVINCIAS.

Albacete, D Críspulo Cid Lopez.
Alicante, D. José Conart.
Antequera, D. Francisco Espejo.
Almería, Sres. Alvarez hermanos.
Alcalá de Henares, D. Zacarías Bermejo.
Avilés, D. Maximiano Roman Alvarez.
Baeza, D. Casimiro Fernandez Almagro
Búrgos, D. Timoteo Arnaiz.
Bilbao, Sra. Viuda de Delmas.
Badajoz, D. Fermin Coronado Romero.
Barcelona, *D.* Isidro Cerdá.
Ciudad-Real, D. Perfecto Acosta.
Córdoba, D. Manuel García Lovera.
Cuenca, D. Manuel Mariana.
Cádiz, D. Manuel Morillas.
Coruña, D. José Lago.
Carmona, D. José M. de Eguiluz.
Cartagena, D. Francisco Vico.
Escorial, D. Sabas Herrero Castaño.
Ecija, Sra. Viuda de Geuli.
Figueras, D. Mariano Alegret Colom.
Ferrol, D. Nicasio Taxonera.
Gerona, D. Vicente Dorca.
Granada, D. José M. de Fuensalida.
Graus, D. Tomás Perales.
Gijon, D. N. Crespo y Cruz.
Guadalajara, D. Rafael Onana Medrano
Huesca, D. Raimundo Guillen.
Jerez de la Frontera, D. José Ruano.
Jaca, D. Miguel Berbiela.
Logroño, D. Plácido Brieba.
Lucena, D. Juan Bautista Cabeza.
Lisboa, D. Miguel Mora.
Lugo, Sra. Viuda de Pujol y hermano.
Málaga, D. Francisco de Moya.
Id. D. José García Taboada.
Monzon, D. Manuel Castro.
Murcia, D. Anselmo Arques.
Mataró, D. Narciso Clavell.
Oviedo, D. Juan Marttinez.
Ocaña, D. Vicente Calvillo.
Orense, D. José Ramon Perez.
Pontevedra, D. F. Buceta Salla y C.ª
Palma de Mallorca, D. José Gilabert.
Ronda, D. Juan José Moreti.
Reus, D. Juan Bautista Vidal.
Rio-seco, D. Marcelo Prádanos.
Santa Cruz de Tenerife, D. Felipe Miguel Poggí.
Soria, D. Francisco P. Rioja.
Sanlúcar de Barrameda, D. Inocencio de Oña.
San Sebastian, D. Antonio Garaldo.
San Fernando, D. José Gay.
Santiago, D. Bernardo Escribano.
Salamanca, D. Rafael Huebra.
Sevilla, Sres. hijos de Fé.
Teruel, D. Francisco Baquedano.
Tuy, D. Enrique Cruz.
Talavera de la Reina, D. Angel Sanchez de Castro.
Tarazona, D. Pedro Veraton.
Ubeda, D. Tomás Perez.
Vitoria, D. Justo Oquendo.
Velez-Málaga, D. Leandro Perez Mate
Valencia, D. Francisco de Paula Navarro.
Valladolid, D.ª Adelaida Herrainz, viuda de Jóve.
Vigo, D. Manuel Fernandez Dios.
Wich, D. Juan Soler y C.ª
Zaragoza, D.ª Petra Heredia.
Zafra, D. Andrés Baroma.
Zamora, D. Valentin Fuertes Yañez

EN MADRID, Casa del editor, calle de Hortaleza, núm. 5, piso segundo a izquierda, y en la librería de San Martin, Puerta del Sol, núm. 6.